

Política, tendencias y contratendencias

Vladimir Aguilar Castro

Abraham Enrique Andara

Consejo de Publicaciones. Universidad de Los Andes. Centro de Estudios Políticos y Sociales de América Latina. Mérida. 2006

El Centro de Estudios Políticos y Sociales de América Latina (CEPSAL), de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas, inaugura en este ciclo los Cuadernos del Cepsal como un nuevo espacio para la divulgación de temas inscritos en el debate de la Ciencia Política moderna en América Latina y el mundo. En este primer cuaderno, *Política: Tendencias y Contratendencias*, se recogen las dos primeras reflexiones acerca de la política como objeto de estudio desde dos ángulos parcialmente diferentes, pero situados en una misma escuela de pensamiento que busca restaurar lo político como una dimensión autónoma, vital y necesaria dentro de lo humano. Se pretende dar contenido a la disciplina aquende y allende las fronteras académicas “resituando” la mirada del politólogo (y del no-politólogo) en ese complejo, pero paradójicamente aún “virgen” campo de estudio.

A través de estos ensayos seminales, los profesores Vladimir Aguilar Castro y Abraham Enrique Andara principian este debate en un intento de responder interrogantes clave dentro del proceso de construcción de una ciencia política venezolana, a saber: ¿Qué es y debe ser la política hoy? Cuestionamiento que busca renovar la comprensión política frente a los retos que imponen nuestros contextos nacionales, y ¿cuáles son los alcances de la evolución del politólogo?, interrogante que ensaya discernir en perspectiva el rol del profesional de la Ciencia Política a lo largo de su papel en la historia frente a las novedosas consecuencias de esos cambios en la actualidad.

Resituar la Política

En este primer ensayo, el profesor Vladimir Aguilar revela el concepto de la política y lo político a través del complejo lente de la pluralidad, revigorizando, con auténtica objetividad y pertinencia, dos tesis magistrales de la teoría política contemporánea: la idea de política de Hannah Arendt y la profesionalización de la lucha política de Lenin. Se propone una definición de la política a partir de la condición originaria y necesariamente plural del hombre. Según el autor, un enfoque que ha sido embargado y afectado por complejas fuerzas y fenómenos plenamente vigentes en el siglo XXI como la acción del sistema de mercado global y, de igual manera, el constante descrédito de la democracia constitucional y representativa como consecuencia del proceso de decadencia de las elites económicas y políticas de los Estados.

Ante esta contradicción, el profesor Aguilar propone la *rehabilitación* de la política indicando la necesidad de rescatar y preservar “a toda costa” ese conjunto de principios intangibles que corresponden a la vida democrática, ya no para que funjan como mero marco legal de la acción y participación, según se disponga en una carta de principios, sino como un auténtico *modus vivendi* para el devenir político humano. En este sentido, en un momento coyuntural para la política local y nacional, el autor expone que el conocimiento y la práctica de la política guardan un necesario y armónico vínculo. Esto se apoya en el propio hecho de identificar la política como un espacio fundamental para lo contingente de la condición humana, para lograr no sólo la libertad sino otros tantos propósitos de convivencia. Propósitos que jamás deben ni pueden quedar sujetos a ningún relato acabado de la historia, como el mismo autor menciona.

Para motorizar esta experiencia plural, cuyo objeto ha de ser la comprensión, fomento y protección de la diversidad humana frente a los actores tradicionales del escenario democrático, el especialista proclama una suerte de “razón política” para estos fines. Se contempla ésta, pues, en una Ciencia Política basada explícitamente en la comprensión del “arte del conflicto, la coyuntura y del contratiempo”. Que ante el prejuicio de la ciencia, más bien se invoque la necesidad de construir una democracia a través de la necesaria lucha y oposición a los mecanismos que la obstruyen. La apuesta se hace, entonces, en la concepción de nuevas prácticas políticas que dinamicen la acción social, que se vuelvan un mecanismo efectivo de expresión humana y que,

sucesivamente, se rebele ante las formas tradicionales como fuente creativa de participación y convivencia.

Para sustanciar su tesis, este académico propone sucintamente unos principios y coordenadas básicas para “resituarse la política”. En una prosa parca pero categórica, contextualiza en cuatro episodios lo que ya hemos denominado como su *raison politique* en y para lo plural, a saber: 1) Unos principios o directrices bajo los que se debe alumbrar esta concepción plural de la política; 2) La importancia de comprender lo tangible e intangible (la norma vs. la acción) como fundamento para la realización de una acción política y social a tono con la democracia; 3) El tiempo de la política percibido como un tiempo autorreferido, es decir, relativo a una dimensión propia de lo político que tienda a reconocer sus propias tensiones y distensiones; y 4) El reestablecimiento o “regreso” de la política, a juicio del autor, la invocación al “nuevo republicano”, una suerte de nuevo agente –y actor– político para quien la política signifique una condición necesaria y previa en pos de alcanzar la trascendencia humana.

La evolución de la tecnocracia

Consecutivamente, el segundo ensayo desarrollado por el profesor Abraham E. Andara trata acerca de la problemática evolución de la actividad politológica y de la crisis de su objeto de conocimiento profesional. En el marco de la historia de la disciplina, este autor reflexiona en lo que él considera tres momentos claves en el progreso de la Ciencia Política como conocimiento aplicado en la política: El pensamiento político de la antigüedad; el tecnicismo político moderno/ contemporáneo y, lo que constituye su argumento central, el surgimiento de una “tecnología política”, un avance profesional con nuevas orientaciones y sensibilidades hacia los espacios políticos públicos.

En términos generales, según el profesor Andara, la Ciencia Política se ha caracterizado por dos factores que se equilibran según las necesidades de sus sociedades: en un “saber hacer” y un “saber aplicar”, esto es, respectivamente, un conocimiento epistemológico o teórico, y un conocimiento técnico o artificioso. En la antigüedad, concretamente en la Grecia Clásica, la experiencia política surgió como “una actividad práctica y técnica que involucraba el despliegue de fuerzas individuales y colectivas (disposición, voluntad, fuerza e inteligencia) para abordar una determinada actividad instrumental y llevarla a cabo con eficiencia”.

El conocimiento epistemológico –como discernimiento de lo bueno/ justo– era un aspecto fundamental cuya posesión y cualidad distinguía a los hombres entre sí y, por tanto, distinguía la misma forma en que se ejercía la política. De esta manera se fundaba una comunidad democrática protagonizada por aquellos grandes hombres (políticos y filósofos) que desarrollaban, así, una *virtud cívica* y la ejercían con eficacia. La *prudencia*, emblemática y exponencial virtud dentro de la cosmovisión teleológica de la sociedad clásica griega, también primordial para los fines deliberativos a juicio de sus filósofos, debía constituir el parámetro referencial –en contraposición a los sofistas– para la conducción de esas *prácticas humanas* en las que se desarrollaban técnicas y modelos prácticos de acción que daban forma a la *polis*.

En contraste, continúa el autor, la Ciencia Política moderno/ contemporánea viene a dar ahora prioridad a la técnica, los mecanismos para la adquisición de datos y al conocimiento aplicado. El saber se asume como un recurso empírico y acumulativo. La evolución de los enfoques liberales de la modernidad dio paso a una teoría política que se basó en la “solución de problemas de aplicación en la política a partir de la razón técnica e instrumental”, afirma el académico siguiendo las críticas de la Escuela de Frankfurt. Surge la política *tecnocrática* o *racionalista* en el que la principal preocupación se enfoca en “el disfuncionamiento de las instituciones políticas” buscando, así, procurar recetas técnicas para solucionar las contradicciones originadas a lo largo del sistema. Así pues, la crítica de este autor se decanta en el momento en que *la política devino en economía*. Un pujante modelo que no logró brindar respuesta a problemas más fundamentales en la sociedad y a los cambios que estas contradicciones generaban, más allá de la sistematicidad y eficiencia de sus procesos. De esta manera el autor avanza hacia la figura del *tecnólogo político*.

La tecnología política se presenta, finalmente, como un nuevo paradigma para la Ciencia Política contemporánea basada en un arte que cultiva no sólo la habilidad de manejar un gran cúmulo de información –como el modelo tecnocrático-liberal–, sino, además, se dispone como un recurso para participar deliberadamente en la toma de decisiones y permitir a sus practicantes influir, casi equivalentemente, frente a los actores políticos tradicionales en la esfera política pública. Consecuentemente, las preocupaciones y orientaciones de este agente son nuevas, “el tecnólogo político aplica un saber operativo, es decir, a

través del uso de la información que recoge de la sociedad puede tomar decisiones que representan los análisis detallados de un alto cálculo estadístico de probabilidades de éxito”. Son profesionales que traen consigo un cambio sustancial en la forma de organizar los nuevos movimientos sociales y políticos de la sociedad civil. Esto se constituye en una *nueva forma de poder público*, en la que los *tecnólogos* rivalizan con el poder de los gobiernos de manejar y controlar información vital para el sistema político. Su fundamento sociopolítico no es ya hombre voto, sino ciudadanía activa, es decir, el manejo y orientación del recurso social bajo la concepción de *la construcción de capital humano*: el empleo y aplicación de estrategias diferentes en las relaciones humanas en torno a los espacios públicos en el que se fomenten sociedades *redificadas* (red) con una cultura política que implique más contacto y solidaridad entre sí. Esta perspectiva transformaría la sinergia tradicional del ejercicio del poder en los espacios políticos, lo que estaría hablando de una suerte de *neofederalismo estatal* u otras formas de administración descentralizadas, con nuevas relaciones intergubernamentales y criterios de gobernabilidad.

Javier E. Astorga V.
Politólogo